

Historia Y MEMORIA

ISSN: 2027-5137

Enero-Julio Año 2012 - Tunja, Colombia

**La Arbitrariedad del Título.
El investigador social y las Ciencias
Sociales a través del libro**

**Rodolfo Masías
Páginas: 261 - 282**



La Arbitrariedad del Título. El investigador social y las Ciencias Sociales a través del libro

23 de mayo del 2012

DIANA BONNET: Rodolfo Masías empezó su vida intelectual en el ámbito de las ONG, en el Perú, y posteriormente se dedicó a la academia. Lleva aproximadamente 16 años en la Universidad de Los Andes, trabajando en el departamento de Ciencia Política; es profesor de teoría y metodología. Su investigación en los últimos años ha girado sobre un tema que me parece tiene mucha importancia en el momento: todo lo que tiene que ver con la producción de los libros en Ciencias Sociales y su interés en ahondar acerca de cómo es la investigación en las Ciencias Sociales. En este momento se encuentra en edición un texto titulado “*La arbitrariedad del título*” que ya dice mucho. Cómo los científicos sociales nos aproximamos a los títulos y qué hay detrás de los títulos de las investigaciones de ciencias sociales. Pero hoy les hablará sobre qué es un investigador social en Colombia: sobre su producción, productividad, reconocimiento y celebridad. ¿Qué significa producir? ¿Qué es la productividad de acuerdo con los estándares internacionales?, ¿cómo se reconoce a los investigadores y qué es un investigador célebre? ¿Qué se entiende por celebridad en las ciencias sociales? Permitámosle a Rodolfo que lo explique.

RODOLFO MASÍAS: Tengo la impresión de que las ciencias sociales están atravesando por unas circunstancias muy desafiantes, que conllevan a pensar sobre lo que son, sobre lo que han venido siendo y sobre lo que pueden terminar siendo. Tengo la impresión, una impresión un poco pesimista, de que las Ciencias Sociales atraviesan un periodo límite de confrontación con sus

posibilidades, de enfrentamiento con unas aporías, que, como toda aporía, se muestran insalvables, pero que, justamente su reconocimiento, permitirá dar el viraje, para redefinir y reorientar a las Ciencias Sociales. Me parece que en los últimos años, en América Latina, pero también a nivel mundial, las Ciencias Sociales toman un rumbo bastante sorpresivo, si se tiene en cuenta lo que podría ser el proyecto germinal, el proyecto primario de los inicios de los años setenta, por lo menos en América Latina. Esas son las motivaciones de mi investigación, tienen que ver con un sentimiento grande por las Ciencias Sociales. Vengo trabajando más de veinticinco años, tres décadas en esto, y me siento muy interesado y muy preocupado por lo que viene ocurriendo.

Se me ocurrió, en ese sentido, pero también como consecuencia de lo que ha sido mi trayectoria intelectual, hacer una investigación sobre los investigadores sociales, una investigación que encuentra su tradición en la sociología de la ciencia, pero que, con el tiempo, ha trascendido la sociología de la ciencia para poder entender mejor qué es un investigador social en la actualidad. Es una pregunta más compleja de lo que pensamos, y no tiene que ver necesariamente con lo que creemos es un investigador social. Yo quisiera ir más allá de un nivel de autodenominación para ubicarme en otras cuestiones, otras dimensiones que pudieran dar cuenta de este personaje.

La pregunta de fondo de mi investigación es: ¿quién es un investigador social en la actualidad? Es una pregunta aparentemente trivial, pero es una pregunta de fondo: ¿qué diferencia, qué distingue a un investigador social de otros, de otras categorías sociales? ¿Por ejemplo, de un periodista, de un político? En algún momento parecía claro que los investigadores sociales eran diferentes y que su práctica daba con una distinción o con unas ventajas comparativas respecto de otras categorías sociales. En la actualidad eso parece ser cierto, pero quizá no: el investigador social, buscando una posición en el mundo,

una posición en la sociedad, parece que desdibuja su identidad, y asume papeles, funciones, que tal vez no debería realizar. Entonces, la pregunta por la identidad de este sujeto es una pregunta fundamental.

Para algunos, el investigador social es una entidad desdibujada, casi como sin personalidad; para otros, el investigador social está en su mejor momento, es el momento en que ya se encontró la fórmula de la identificación en el mundo; no solo en las Ciencias Sociales, sino en el concierto de la sociedad. Pero también me interesa contrastar esta identificación con respecto de su autodefinición. ¿Qué es un investigador social?: cuando uno averigua por esta pregunta se dicen muchas cosas. Aparentemente, es algo muy claro para el investigador social decir quién es, pero a veces tengo la impresión que aquello es como repetir lugares comunes; no es un resultado, una constatación, producto de una reflexión sobre lo que se hace, lo que se quiere, de lo que se piensa y ese tipo de cosas.

La otra gran pregunta de mi investigación es: ¿qué hace un investigador social? De lo que me vengo dando cuenta en los últimos años es que, para ser investigador social, no solo hay que investigar. Tal vez el aspecto investigativo sea el menos importante. Hace cuarenta años, posiblemente, del conjunto de aspectos que hacen a la figura del investigador social, no contaba tanto el tener que gestionar investigaciones, o no tenían que ser gestionadas con una racionalidad administrativa tan marcada como ahora. El investigador social podía consagrarse mucho más a la investigación, y sus prácticas eran totalmente distintas. Toda la cuestión, por ejemplo, de las redes sociales, de las membrecías, por supuesto que le llevan tiempo, ocupan las agendas del investigador de Ciencias Sociales y por supuesto que llevan a una cantidad de problemas, de sinsentidos, en la propia existencia de este personaje: dónde me desarrollo más y mejor, con el hecho de cómo supero mis dilemas respecto de tener que ser una persona pública, pero

también un académico consagrado a mis investigaciones, ¿cómo me deshago de las presiones institucionales, de las presiones políticas? Todas esas cosas tienen que ver con qué hace o qué le compete hacer al investigador social de la actualidad. Yo creería que decir que el ser investigador es solo investigar, sería como reducir el ámbito de sus acciones.

La otra pregunta de la investigación es: ¿para qué hace lo que hace? Creo que vivimos una circunstancia de pérdida de significado de las Ciencias Sociales. Hay que hacernos unas preguntas mucho más desafiantes y radicales como, por ejemplo, preguntarnos si las Ciencias Sociales son imprescindibles, porque no tenemos que pensarlas en términos de ser una necesidad histórica, y eso tiene que ver con los aspectos ideológicos que legitimarían o justificarían este tipo de saberes. Lo que yo pienso es que a las Ciencias Sociales se le dieron alrededor de cuarenta años, por lo menos en América Latina, de moratoria social, como esa moratoria que se le da a los jóvenes para que hagan lo que quieran, y este es el momento de hacer un balance sobre los resultados obtenidos. ¿Qué ha sido de las Ciencias Sociales en estos cuarenta años? ¿Para qué están? ¿Cómo se siguen justificando?

DORIS LILIA TORRES: Es tan interesante lo que está planteando, que me inquieta saber si la investigación en este momento se dio dentro del contexto político de Colombia, o la ha tomado desde Latinoamérica?

RODOLFO MASÍAS: De América Latina. Yo vengo incubando esta idea hace mucho tiempo, vengo observando, asisto a los congresos de antropólogos, de politólogos, de México, de Perú de muchas partes y voy constatando que no es solo un problema colombiano, es un problema mas bien global, que se expresa y que tiene que ver en algunos casos con unas luchas por la hegemonía de determinados proyectos de Ciencias Sociales.

Ahora vamos a ver a una de las figuras que me interesan dentro de lo que es el mundo del investigador social o del conjunto de los investigadores sociales. Es lo que yo llamo *el investigador social productivo o el investigador social empresario*. Es la figura más reciente, que reúne una serie de características que no se veían dentro de los investigadores sociales. Es un investigador sumamente productivo, posee una variedad de métodos administrativos para desarrollar productivamente y con intensidad sus investigaciones. Pero, en realidad, cuando yo hablo del investigador social, lo que quiero es precisar las distintas especies de investigador, si se puede decir así, que conforman o que pueblan el mundo contemporáneo de las ciencias sociales.

JAVIER GUERRERO: Ya que estamos en la identidad y siguiendo el camino de la conversación, por ejemplo: esos roles de la investigación social, como la consultoría o la interventoría social, ¿forman parte de la actividad del investigador social? ¿Usted lo contempla?

RODOLFO MASÍAS: El papel de la consultoría varía mucho según sea la ciudad que se trate. Se llama intervención social. Pero el que practica la intervención social se riñe con esa suerte de arquetipo de académico dominante, que es casi como un académico puro, que está en mejor capacidad de afrontar las llamadas exigencias académicas contemporáneas. Siempre investiga, prácticamente convierte a la investigación en una profesión en términos weberianos. De hecho aplica una racionalidad weberiana a su actividad, busca, investiga con objetivos precisos, metas. Todo forma parte de una racionalización de la actividad investigativa, una racionalización moderna, hipermoderna.

JORGE TOMÁS URIBE: Es decir, ¿hasta cierto punto uno podría hablar de investigadores sociales producidos por el mercado y para el mercado? ¿Es así el sentido de las cosas?

RODOLFO MASÍAS: Sí, exacto. Yo creo que los procesos de mercantilización, ya sabemos que son globales, penetran todas las prácticas posibles, al punto en que las ciencias sociales han empezado a mercantilizarse. Pero, por supuesto, uno puede aceptar eso con mucho realismo: “bueno, eso es para todos”, “nos tocó así”. Deberíamos pensar, mas bien, en cómo nos adaptamos: una posibilidad es revelarse, decir esto no tiene por qué ser así, esto nos afecta mucho, desvirtúa mucho el sentido de las Ciencias Sociales. Lo que pienso es que el investigador social es un ser lleno de dilemas, no vive la calma de los años setenta y de los ochenta.

PÚBLICO: Con respecto a lo que plantea el doctor Jorge Tomás Uribe, me pregunto: ¿cuando yo hablo de un ‘investigador en Ciencias Sociales’ esto difiere mucho de cuando referencio a un ‘investigador social’?. Lo que logro percibir es que pareciera que son dos entes distintos. Pareciera que esta figura de investigación fuera mucho más abierta, más interdisciplinaria.

RODOLFO MASÍAS: El término que uso es provisional. Operativamente, investigador social es todo aquel que está inscrito en Colciencias y es un investigador activo. Yo parto, para elevar unas conclusiones, de esta figura. Puede ser que, al final, le cambie de nombre, puede ser que sea excesivo hablar del investigador social, puede ser que me esté inventando una entelequia, o algo que no existe; pero, ciertamente, un investigador social es un híbrido en la actualidad. Una forma de verlo es como una entidad múltiple, porque estamos muy presionados a hacer muchas cosas. Son muy pocos, casi una élite en las Ciencias Sociales, los que pueden dedicarse plenamente a la vida intelectual y académica y eso ha tendido a marcarse mucho más en los últimos años. Estos procesos de los últimos cuarenta años, ciertamente han tendido a una elitización de las Ciencias Sociales. Dentro de las ciencias sociales hay dos procesos grandes que explican lo que viene ocurriendo. Uno que se llama ‘profesionalización’ y otro ‘institucionalización’

de la Ciencias Sociales. La profesionalización produce estragos, no es una profesionalización perfecta, neutral; de hecho, haber profesionalizado las Ciencias Sociales ha tenido unos costos muy grandes. Lo mismo sucede con la institucionalización de las Ciencias Sociales: establecer reglas de juego para el investigador, para la investigación, para establecer lo que conviene investigar en términos de condiciones de trabajo del investigador; todo eso puede traer consecuencias positivas pero también unos constreñimientos muy grandes.

Entonces, lo que a mí me interesa, no porque crea que profesionalizar e institucionalizar sean de por sí procesos pérfidos, es saber qué estragos producen. El mayor estrago es lo que yo llamo *encapsulamiento de las Ciencias Sociales*, es el gran costo de habernos profesionalizado. Encapsularnos significa habernos aislado de eso que en otro momento se llamaba la realidad, la sociedad. Es una ruptura del puente precario de las Ciencias Sociales con la sociedad. Mi pregunta por el investigador social no es una pregunta solamente académica, no está dentro de lo que compete a la sociología de la ciencia por el mero hecho de que le incumbe académicamente, sino que creo que tiene que ver con cuestiones vitales de nuestra existencia.

¿Qué quiero ver en el ámbito de la producción? Sabemos que el investigador social es un productor, produce cosas como libros, artículos, ponencias. Me interesa ver las relaciones entre esos productos, el tipo de productos a los que tiende y también lo que se llama la conformación de la 'obra' del investigador social.

Existe todo un debate en las ciencias sociales sobre si la obra de un investigador, para obtener reconocimiento, debe ser una obra unitaria, monotemática, una especie de consagración total a un tema, o puede ser la obra de unos investigadores infieles temáticamente hablando. Estos tendrían también un valor como productores dentro de las Ciencias Sociales.

El otro debate que estoy viendo ahora, es el debate entre cantidad y calidad de un texto. Para ser un buen investigador, ¿cuánto tengo que escribir? el debate es sobre si es mejor o más conveniente un texto largo o un texto corto. Lo que está primando es la valoración por el texto corto, tanto que escribir libros aparece, por lo menos en la mentalidad del investigador productivo, casi como una pérdida de tiempo, pues para qué escribir libros si escribiendo un libro dejo de escribir seis artículos, y si es que los artículos son el producto más valorado dentro de esas tendencias globales. Entonces, racionalmente, yo tendría que optar por producir artículos. Dentro de esto está también la cuestión del tipo de escritura: una escritura más barroca o más cartesiana. El debate sobre una escritura más barroca, humanística, más literaria y una escritura cartesiana, racional, pragmática, es el debate que se plasma entre la conveniencia de el ensayo o del informe de investigación.

ANTONIO E. DE PEDRO: Lo que acabo de oírle son cosas que trabajamos. Todavía tenemos en la cabeza, quizá no de una manera tan sistemática como usted está proponiendo, pero sí tenemos algunas ideas y además no solo las tenemos sino las sufrimos. Yo creo que no es que vivamos un tiempo especialmente caótico, yo creo que vivimos un tiempo particularmente cambiante. Yo que tengo una experiencia de haber trabajado en varios sitios, continental y fuera de aquí, entonces uno puede notar eso; quizás haya experiencias que ya han pasado por otros ámbitos y que ahora nos tocan. Y que uno no puede perder esas experiencias, pero también uno tiene que hacer sus propias lecturas para responder a eso. Entonces yo creo que hay eventos de la crisis de los setentas y de los ochentas que son distintos a los que vivimos en los noventa. Pero a mí me sigue chirriando mucho la idea del investigador social. Es una idea que a mí me parece, nunca solucionada; a veces aparcada. Lo que se llama la comunidad científica es un protocolo propio de las ciencias experimentales; eso es lo que ha pasado. Uno puede coger la pataleta, y entonces se retira.

Se va para su casa a escribir los libros y los artículos que quiera y si se los publican bien, y si no saca un blog en internet. Pero cuando entramos en la dinámica de la academia, somos evaluados de una manera constante. Uno se inserta en unas reglas de juego que para bien o para mal tiene que cumplir. Lo único que tiene, como diría otro, es buscar los resquicios de esas reglas de juego para jugarlo más cómodamente, para jugarlo mejor a lo que uno entiende debe ser su proyecto como investigador. Por ejemplo, lo que está ocurriendo es una ampliación de categorías en cierta forma, y voy a poner un ejemplo. Para los que trabajamos en el área de los estudios visuales, hay una categoría: la cultura visual; como ampliación a los tradicionales estudios de la historia del arte; es decir, hoy entendemos que hay unos historiadores muy respetuosos y fantásticos que hacen historia del arte, pero entendemos que ese mundo, esas fronteras se han ampliado. Uno puede agarrarse a esa etiqueta, es decir no, yo lo que hago es estudio visual, entonces uno puede moverse más fácilmente. Lo que importa es que el investigador tenga un discurso propio dentro de lo que puede ser propio. Que estructure su propia línea de trabajos, en temáticas que son acordes a esta nueva categoría, más amplia.

RODOLFO MASÍAS: ¿Te parece que eso tiene cabida, eso es lo dominante, lo institucional?

ANTONIO E. DE PEDRO: Hay todo un cambio de paradigma, bueno, lo de textos largo, textos corto, eso tienen que ver con el mercado. Producir un libro cuesta mucho dinero y un libro monotemático solamente se le puede permitir a Habermas. Lo que sí está ocurriendo, es que se hacen libros de muchos autores, de tal manera que hay más polisemia de temas.

Las nuevas tecnologías han marcado también una nueva dinámica. por ejemplo existen blogs que son de una especialización extraordinaria, y se citan y se utilizan como vehículo de información, de puesta al día

y de reflexión; porque un blog es una reflexión corta. Entonces, eso también nos está implicando que lo que está ocurriendo, es una polisemia de voces y maneras de hacerse oír. Yo que soy normalmente pesimista para muchas cosas, también quiero ser optimista para otras. Creo que no estamos tan mal si aceptamos que ciertas fronteras se están rompiendo y se están construyendo nuevas. Y nuestro aporte será, mantenernos atentos, con una mirada crítica.

RODOLFO MASÍAS: O al margen o sin acción.

ANTONIO E. DE PEDRO: O sin acción, claro. Pero la acción no debe ser una acción que inmovilice el proceso, eso es inexorable. La acción tiene que ser para cambiarle los rumbos al proceso, y tratar de llevarlo a situaciones concretas. Además, hay algo que en este proceso ya todos sabemos, es que necesitamos dialogar y llegar a acuerdos, porque las imposiciones solas no funcionan. Necesitamos tener posiciones de fuerza para llegar a diálogos y llegar a situaciones de entendimiento; la cerrazón no funciona, porque luego terminan imponiéndote lo que no has dialogado.

RODOLFO MASÍAS: Pero ¿no te parece que para eso es importante conocer a fondo lo que está pasando?

ANTONIO E. DE PEDRO: Lo primero que hay que hacer, -tú y yo somos investigadores-, es hacer el diagnóstico, y el estado de la cuestión. Pero a poco que uno esté metido en el circuito de la investigación -tú le has dedicado mucho tiempo a la sistemática-, todos sabemos lo que está pasando.

RODOLFO MASÍAS: Para volver al tema central, se está hablando acerca de quién es un investigador social y para qué hay investigadores sociales. Estaba explicando la investigación que estoy haciendo, una investigación que, en el fondo, es una gran caracterización del investigador

social. Y que, para ese efecto, considera cuatro cuestiones, que son cuatro cuestiones, que no inventé sino que están en el tapete, que son las cuestiones más socorridas en la existencia del investigador social: qué producir y cómo producir, cuánta intensidad imprimirle a su trabajo y qué métodos de producción debería desarrollar para ser considerado un investigador productivo. Todo ello porque existe la tendencia, más que la tendencia, el mandato, a que el investigador aparte de investigador tiene que ser productivo. Parte del ser del investigador no solamente está en investigar sino en tener un rendimiento determinado a lo largo de su vida intelectual. El tema de la productividad trae dilemas muy interesantes, como, por ejemplo, el de si hacer investigaciones largas o cortas, el de si hacer investigaciones que terminen o que sean investigaciones abiertas. ¿Cuáles son las investigaciones más productivas, las que duran un año, seis meses? Y, dentro de eso, ¿cómo investigo? ¿Investigo colectivamente, investigo en grupo, investigo solo? ¿La idea del investigador solitario es una idea cuestionada o solo está dominando en unas redes? Ese tipo de cosas tienen que ver con la productividad del investigador y de hecho con el concepto mismo de productividad, es decir, ¿cuál es el umbral, cuál es la línea que dirime, que define, ser un investigador productivo: producir seis artículos al año, diez, o producir libros y artículos? ¿Cuál es la combinación ideal? ¿Cuál es la fórmula mágica que nos lleve al reconocimiento? ¿El reconocimiento tendrá que ver con el tipo de producción y la productividad del investigador? ¿El reconocimiento es la reputación del investigador, producto, supuestamente, de estas otras dos?

Lo que yo me pregunto en esta investigación es: ¿qué tanto el reconocimiento se correlaciona con la productividad y la producción? Y una última cuestión que me interesa es el asunto de la celebridad en ciencias sociales ¿hay investigadores sociales célebres? ¿Cómo se llega a ser célebre en este momento? ¿Qué deberían hacer para conseguir la celebridad?

Todo lo que he presentado hasta aquí constituye el objeto de estudio de la investigación. La perspectiva no es de Sociología, no es de Lingüística, ni Semiótica, no es de Economía Política, ni de Ciencia Política ni tampoco de Antropología. Yo creo que es de todas y resumo esta integración en una categoría que creé: estudios Integrales de la Ciencia. Es algo más que los estudios sociales de la ciencia, y eso es lo que estoy tratando de hacer cuando hablo, por ejemplo, de una economía política del investigador social. Es lo que ya vieron, es entenderlo como un productor, a veces como un productor de mercancías, un productor que está inmerso en unas relaciones de producción. Me interesa mucho saber qué significan las Ciencias Sociales como empresa, en este mundo contemporáneo: ¿cuánto dinero se mueve en las Ciencias Sociales?, ¿cuál es la inversión que hay en ciencias sociales?

Quiero caracterizar al investigador social en la actualidad, pero me apoyo en distintas épocas, que me parecen que son, por lo menos desde un punto de vista, teórico, significativas para entender por qué llegamos a este presente. Los años noventa me parece que son los años de la ruptura o son los años en que empiezan estos cambios. Los años dos mil me parece que son del período de la aceleración de todos estos procesos que he venido explicando. La investigación la estoy realizando en varios puntos del país. He estado en Cartagena, Medellín Cali, Bogotá, entrevistando investigadores de distintas universidades y de todas las disciplinas de las Ciencias Sociales: historiadores, antropólogos, politólogos. Las fuentes de la investigación son unas fuentes textuales, que tienen que ver con reconstruir el discurso contemporáneo o los discursos contemporáneos sobre el investigador social y también son fuentes relativas a varias bases de datos. Hay una base de datos de las entrevistas del investigador social, tengo alrededor de cien entrevistas a investigadores de distintos grados de reconocimiento, generaciones y celebridad; estoy elaborando una batería de indicadores, basándome en las hojas de vida de CVlac,

indicadores de productividad y producción, de trayectoria en investigación social.

Tengo una base de datos de lo que llamo una *iconografía del investigador social*, qué imágenes prefiere el investigador social: por ejemplo en los afiches, en la carátula de los libros, cómo busca ser representado y, si no lo busca, cómo termina siendo representado en las imágenes de las ciencias sociales. Otra base de datos tiene que ver con cómo los libros expresan esta identidad contemporánea del investigador social. Y tengo dos bases de datos más que estoy elaborando, sobre los eventos, eventos que crea el investigador social: simposios, congresos, ese tipo de cosas. Y por último, estoy pensando aplicar una encuesta sobre todas estas cuestiones, en algún momento.

Bueno, ésta es la investigación y ya ven todo lo que plantea.

Ahora, quería hablarles de un primer resultado de mi investigación. Resultado que está en un libro que titulé *La arbitrariedad del Título*. Es un libro sobre cómo los libros reflejan al investigador social. El estudio es sobre los libros producidos, en la última década, por la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Los Andes. El análisis que realicé partió de una base de datos muy pequeña, de apenas cinco variables. Incluí nuevas variables para dar cuenta de todas estas cosas que les he venido explicando. Entonces, yo creo que esta información puede ser muy útil y muy interesante y puede también animar la discusión en esta reunión.

Entre el año 1999 y el año 2009, en la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Los Andes se produjeron 224 libros. Hubo un libro de veinte páginas, que cuesta llamarlo libro, y hubo un libro de 1418 páginas. Es un rango amplísimo. Digámoslo así: el rango de tamaño de libro en que se mueve el investigador social es un rango amplísimo. De hecho la desviación estándar

es muy grande, marca una diferencia de 151 páginas, lo cual hace que el promedio de páginas por libro, que es de 240 páginas, sea un promedio no representativo. En esos diez años los investigadores de la Universidad de Los Andes, entre todos, escribieron 53651 páginas. Esos libros llenan casi siete metros de estantería, pesan en total 40 toneladas. Uno se pregunta: ¿para qué tantas páginas? Pero, también, uno creería, que debe ser que todavía el libro es algo muy importante en las Ciencias Sociales; sino, no se invertiría tanto dinero, tanto tiempo, tanta materia gris en escribirlos. Entonces, aquí hay unos datos importantes, este es el número.

Ahora voy a hablar en términos sociales: el investigador social tiende a escribir cada vez menos páginas o tiende a escribir libros cada vez más pequeños. Cuando uno ve la distribución, en estos años, del número de páginas, llama la atención estas cifras: hasta el 50% son libros entre 20 y 210 páginas; es decir, casi la mitad de esos libros son libros relativamente pequeños, el resto son libros de diverso tamaño, pero, de hecho, libros grandes, libros de más de trescientas páginas, son el 26%. Casi la cuarta parte de toda esa producción son libros de más de 300 páginas.

Crucé esta información con el tipo de ciencia social o con la disciplina, para saber cuáles eran las más escritoras o las más prolíficas. Es que escribir más no significa escribir mejor, escribir más puede tener que ver con más habilidades narrativas de cada disciplina. Esperaba que los historiadores fueran los más escritores, que los politólogos, siendo más científicos fueran los menos escritores. De hecho, los antropólogos escribieron más páginas, en segundo lugar los historiadores. Me parece que los antropólogos, según estas cifras, aunque es una especulación todavía, siguen desarrollando las habilidades de la escritura, de la narración. El antropólogo sigue y necesita ser un escritor, pues él narra, se explaya, no condensa su lenguaje en comparación con el sociólogo que casi siempre sintetiza y rehúye de la escritura larga.

El historiador es ampuloso, es también un narrador y eso se expresa en la Facultad de Ciencias Sociales. Los filósofos no, los filósofos son concisos, son precisos, son sintéticos, es así que escribieron en total 7481 páginas, la mitad que los antropólogos.

ANTONIO E. DE PEDRO: Lo que pasa es que las fronteras, como diría Carlos Fuentes, son fronteras de cristal. Entonces nosotros podemos vivir nuestra cotidianidad en un tiempo periférico, o podemos saltarnos ese tiempo periférico en un segundo, en un vuelo de ocho horas o de un email, que es mucho más rápido y estamos en un tiempo central. Porque las redes de investigación generan esas continuidades y discontinuidades. Eso, a la vez, produce un problema grave: las estructuras de las continuidades de los tiempos de los centros. Los investigadores están en función de sus centros, de su academia, de sus universidades, y, demás, son tiempos que dinamizan la propia investigación, Y nuestros tiempos son también los tiempos de nuestras periferias, con lo cual se producen unos problemas terribles. Uno quiere hacer relaciones internacionales, y los centros nunca van a entender que acá, nosotros, improvisamos en veinticuatro horas una cosa, cuando ellos han tardado seis meses en desarrollar una respuesta.

RODOLFO MASÍAS: Tanto así que podemos aplicar la otra categoría marxista, la de un desarrollo desigual y combinado en el mundo de la investigación, porque vivimos distintos tiempos, tenemos unos investigadores globales, unos investigadores en el tiempo del centro; tenemos otros investigadores en la periferia haciendo otras investigaciones con otros temas.

ANTONIO E. DE PEDRO: Eso enlaza con lo que tú dices, con el reconocimiento. Yo tengo la impresión que el investigador de la periferia, permite el efecto global; es decir, el tiempo de la periferia es un tiempo sin reconocimiento. Eso lo vemos con frecuencia: tú tienes que estar en el tiempo del centro; y, por lo tanto,

obtener el reconocimiento y en tu propia periferia te reconocerán. Ahora, con lo de los títulos, yo creo que el problema viene de los discursos y tradiciones. Volvemos a lo de antes. El discurso de las ciencias experimentales, llamadas también ciencias duras, es un discurso conciso porque vivió todo un proceso histórico de deshacerse del “otro discurso”, es decir, las ciencias puras y duras entienden que todo exceso de narratividad es exceso de subjetividad. Entonces ese fue un debate desde el siglo XVIII, la fría llama de la ciencia pura. Yo creo, que las ciencias sociales manejan saberes. Nosotros tenemos otra manera de proceder.

RODOLFO MASÍAS: La misma crítica posmoderna y de Foucault.

ANTONIO E. DE PEDRO: Está en esa línea. Sabemos que existe una retórica de la ciencia, y sabemos que la propia condición de la ciencia es su retórica. Los propios científicos van aprendiendo a reconocer esa situación. Pero luego hay también narratividades por continente; es decir, la construcción del discurso es también un aspecto cultural. En América Latina la gente es más dada y más prolija a construir un discurso florido, con una tradición barroca, que está ahí y se tiene presente.

También hay otra cosa: la limitación del idioma. El inglés es un idioma con muchas limitaciones de léxico y muchas palabras comodín; mientras que el castellano o el alemán, son idiomas de una gran riqueza idiomática. Luego, otra cosa que siempre me ha llamado la atención sobre los filósofos. Yo siempre he creído que los filósofos no se dedican a hablar por hablar. Lo que pasa es que los filósofos antes de ponerse a escribir se lo han pensado mucho.

RODOLFO MASÍAS: Sí, son dos actitudes. El historiador, en ese sentido, se puede dar el lujo de ser más espontáneo.

ANTONIO E. DE PEDRO: Entonces, necesita el desarrollo del argumento.

RODOLFO MASÍAS: Hay un sector en las Ciencias Sociales que, cuando escribe, escribe resultados, escribe los resultados de su trabajo. Y hay otro sector de las Ciencias Sociales que, cuando escribe, narra lo que investiga. La escritura es un proceso de descubrimiento: esta expresión crea unas confusiones en los jóvenes, unas confusiones muy grandes, porque el joven dice: “qué escribo yo, escribo lo que ya pensé, a lo que llegué o narro el proceso”. Y eso de qué y cuándo escribir es un dilema más de las Ciencias Sociales.

ANTONIO E. DE PEDRO: Una cosa más. Tiene que ver con esto, porque para los dos es importante: qué está pasando hoy. La demanda del investigador formado versus la demanda del investigador erudito. Y la gente confunde informado con erudito. Y yo creo que el investigador debe ser erudito porque permite un mayor acercamiento a lo que denominamos “verdad”.

RODOLFO MASÍAS: Lo que Vargas Llosa dice: “el culto no es lo mismo que el erudito”.

ANTONIO E. DE PEDRO: Yo creo que eso es muy importante, porque lo que cuesta y está pasando con nuestros investigadores, es que creen que con abrir Google, ya están informados.

RODOLFO MASÍAS: La idea de cultivo intelectual, en algunos casos, se reduce, exactamente, al saber conveniente para el investigador. Hay en la actualidad un investigador que desarrolla así sus investigaciones, pero hay otros en que el cultivo intelectual es lo que se sabe ampliamente. Para los jóvenes, esta discusión se vuelve una tensión: ¿debería perder el tiempo leyendo literatura, siendo que es tanto lo que tengo que leer sobre violencia? Entonces, esas tensiones se presentan

sin haber unas condiciones que ayuden a compatibilizar esas dos cosas.

JAVIER GUERRERO: O que él sepa qué quieren de él.

RODOLFO MASÍAS: También por las expectativas, porque si a uno le piden que no sea culto, que no se muestre como un investigador culto, sino, como dices tú, como un investigador informado. Eso pasa mucho entre los economistas. El economista tiene que estar muy informado, tiene que ser un tipo actual, saber de cifras, pero no tiene por qué haber leído a Vargas Llosa. Así fue como se constituyó el campo de los economistas, por lo menos de los economistas más recientes. Eso no puede ocurrir con los historiadores o no ocurre tan fácilmente.

ANTONIO E. DE PEDRO: Los historiadores solo leen historia y no tienen un saber multidisciplinar ni transversal. Un antropólogo es mucho más abierto; un sociólogo también es mucho más abierto. Además, pocos historiadores hacen metodología histórica.

DIANA BONNET: Yo solo quiero decir una cosa acerca de lo que dijo Antonio. A mí me parece que los lenguajes tan cifrados de las distintas Ciencias Sociales imposibilitan que la gente circule sus reflexiones. Hablo como historiadora. El historiador, a veces, no se aproxima al filósofo por eso, porque el filósofo escribe para un círculo de filósofos y no piensa en el resto del universo, por eso, los académicos, nos quedamos por fuera de contexto.

ANTONIO E. DE PEDRO: Pero, Diana, hay que hacer un esfuerzo. Todo el enriquecimiento de mi profesión como historiador, proviene de haber leído otras disciplinas. Y a pesar de la etiqueta del libro y a pesar del lenguaje, yo encuentro hoy, por ejemplo, mucho más enriquecimiento en un filósofo que se llama Paul Ricoeur, que en cualquier historiador profesional.

RODOLFO MASÍAS: Volviendo al tema. ¿Por qué crece la producción? Porque hay unas condiciones y hay estímulos. Yo siempre estoy a favor de las condiciones y no de los estímulos. Pero aquí funcionaron ambas cosas. Sobre la necesidad de producir artículos, yo no he hecho todavía medición alguna. Tengo cifras, pero, por supuesto, escribir libros no se explica sin la escritura de artículos.

Lo que ha predominado estos años en la Facultad de Ciencias Sociales es el libro unitario. El libro unitario es el libro orgánico, ese libro que es una unidad, una unidad conceptual, es una obra completa. En esta Facultad, un cuarto, un 25% fueron compilaciones. Yo pensé que ésta se había vuelto una tendencia mayor, una especie casi de estrategia del investigador para poder, si se quiere decir así, sobrevivir, tener reconocimiento.

La autoría única es lo mismo que el libro de un solo autor, y la autoría compartida es el libro que tienen varios autores. Seguimos siendo, si esa es una forma de decirlo, escritores individuales, escritores de libros individuales. Las Ciencias Sociales, en cuanto a libros, no son una empresa colectiva, no hay asociación, no hay acción colectiva en cuanto a escribir libros. Por ejemplo, entre los diez investigadores que escribieron más libros, en una época determinada, hay tres investigadores que fueron los que más escribieron y ellos escribieron diez libros, en diez años, o sea, escribieron un libro por año. Pero resulta que de esos, cinco libros son unitarios: uno es una compilación en el caso del investigador más prolífico y cuatro son de auditoría compartida, los diez libros no son solo de él. El más prolífico resulta ser el que escribió diez libros, él solo, en esos diez años, y fíjense, el segundo lugar tiene dos libros unitarios, dos libros de él y ocho de compilación, entonces eso relativiza mucho al investigador productivo o por lo menos las bases sobre las que uno infiere.

Yo hago una reflexión, en este libro del cual estoy mostrando unas cifras, sobre lo importante que es saber escribir, en este contexto. Ya no en general, en este contexto donde uno tiene que ser productivo, visible, práctico. Con más razón se necesita escribir, esa es la ventaja comparativa y el que sabe escribir puede escribir mucho, así de simple. Y quien sabe escribir maneja géneros, cambia, se dirige bien al público, es más versátil. Entonces, paradójicamente, el mandato de la restricción literaria también se abre a la posibilidad de dominar la palabra escrita. Yo lo que veo es que el ensayista escribe más, el ensayista es más prolífico que el científico en términos de libros.

ANTONIO E. DE PEDRO: Pero hoy se le exige a un profesor, combinar, ser un ligero ensayista, el oportuno, uso de la metáfora y tener profundidad como un científico duro. Eso no se improvisa. Ese tipo de profesional no se improvisa. Ese es el producto de una larga trayectoria, ¿qué hacemos en nuestras universidades públicas para eso? Nada. Nuestros estudiantes, en líneas generales, no saben escribir, no saben redactar, tenemos unos problemas gravísimos.

RODOLFO MASÍAS: Es que, entre otras cosas, se está perdiendo el libro como obra, es decir, como un producto que plasma un espíritu, una creación. Un acto creativo que no es llenar las páginas de palabras, sino es pensar en conjunto, en la carátula que va tener, en si va a tener epígrafes, si va a tener descansos, va a tener un hilo. Esas cosas que se suponen literarias pero que no son estrictamente literarias.

Bueno. ¿Qué hay en las carátulas de estos libros? Tengo unas mediciones muy simples. Yo medí la relación texto-imagen en las carátulas de estos libros. Lo que más hay son imágenes. La otra cosa que medí es la existencia de cosas y personas. Esta medición sí me llamó la atención: que, en los libros de Ciencias Sociales, las imágenes sean más de cosas que de personas.

Hay una moda en las Ciencias Sociales, que consiste en una suerte de obligación de poner subtítulos. El título es a veces difícil de entender, el subtítulo tiene la función analítica de esclarecer el contenido del tema. Esto es como una fórmula que se ha impuesto. Yo no sé si eso esté bien o esté mal, pero algo puede indicar el por qué en una expresión, un mismo título no podemos ponerlo todo. ¿Por qué apelamos al subtítulo que expresa esta división esencial en el título de un libro? A mí me parece que hay en las Ciencias Sociales una especie de indefinición: entre expresar en el título ese espíritu literario, humanístico y en el subtítulo el espíritu científico. Es como para tener en el título los dos espíritus, de manera que quien lo lea diga: este es literato pero también científico.

Otra cuestión que yo medí son las metáforas en los títulos. Pensé que iban a haber más metáforas una vez lograda la medición. Pensaba que en las Ciencias Sociales había una especie de invasión del título metafórico, y no. Resulta que en el 30% de estos libros se utilizaron las metáforas y los demás son títulos realistas o literales, si se puede decir así.

Y otra medición es sobre lo que denominé título técnico y título castizo. El título técnico es un título apegado a una disciplina; en cambio, un título como “La fluidez o evanescencia del poder” es un título metafórico obviamente y en consecuencia no técnico o castizo. Esto me interesaba porque, si las Ciencias Sociales tienen que comunicar y tienen que llegar, los títulos deberían ser más castizos profanos. Encontré que el 51% de los títulos eran técnicos. Operacionalmente, un título técnico es el que contiene por lo menos una palabra técnica en la disciplina correspondiente. Entonces ese resultado me pareció interesante.

Lo otro que vi es si los títulos son autocontenidos o fragmentarios. Esto es una medición muy relativa pero es también importante. El título autocontenido es el que se basta a sí mismo para dar cuenta del tema o del

asunto de que trata el libro. Es por lo que nosotros, los profesores, tanto batallamos con los estudiantes: que el título contenga la idea y que no sea un título incompleto. El resultado de la medición es que hay mucho título fragmentario en las Ciencias Sociales. Me parece que tiene que ver con un tipo de imagen que quiere proyectarse.

Habría que explicar más el abismo de productividad que hay entre los investigadores sociales muy productivos, un libro por año aproximadamente, y los otros, que conforman un sector muy compacto, por lo homogéneo de su productividad. Por alguna razón, se establece un tope de producción que se manifiesta consistentemente en la gran mayoría de los investigadores que escribió solo un libro. Este fenómeno me permite levantar algunas conjeturas. Para escribir libros hay que saber escribir libros, mas, como se sabe, esta no es una habilidad de todos: saber escribir es un bien escaso, una cualidad que capitaliza no solo simbólicamente sino económicamente, en aquellas circunstancias que drásticamente compelen a unos niveles determinados de productividad del trabajo. Quien sabe escribir está mejor preparado para afrontar las exigencias de trabajo que, paradójicamente, relativizan el peso del escritor y de la escritura como un cultivo esencial en el hábito del investigador social. Esto último es lo que más me interesa, en la línea de saber más de los investigadores sociales, pues lo que está en juego es la habilidad, pero más que la habilidad, la práctica de la escritura, como parte sustantiva en la identidad de estos sujetos. Todo esto, que es parte del orden del texto escrito de las ciencias sociales, refleja bien la situación dilemática actual.

Gracias. Esto era todo lo que tenía para dialogar con ustedes.